

## **UNA EXPERIENCIA EN HUMAHUACA**

**Dras. Leticia Andrea Iarías, María del Rosario Williams**

Nos despertamos temprano, el sol todavía no apareció, pero el olor a tostadas recién hechas y una taza grande de café con leche bien caliente nos estimulan a levantarnos. Salimos sabiendo que nos esperaban dos días intensos de trabajo en nuestra primera gira médica hacia Santa Ana y Caspalá. Aprendimos a paliar el frío con chulos, guantes, polainas y vistiéndonos con muchas capas de ropa.

Caminamos hacia el hospital, donde nos esperaba una camioneta encendida, cargada de provisiones y medicamentos. Junto a ella, el chofer, uno más en el equipo de salud y además compañero de muchas vivencias y emociones.

El resto del equipo va llegando. Hoy vienen el médico generalista, la odontóloga y la bioquímica.

Ahí estamos las dos paradas con nuestras mochilas, viendo como arman todo, ansiosas por la experiencia que vamos a compartir con ellos, por el trabajo que seguramente vamos a realizar y por disfrutar de cada curva, cada cerro y cada nube que vamos a atravesar en el camino.

Llevábamos unas dos horas de ripio, cuando el sol iluminó paisajes increíbles y aprovechamos el viaje para compartir entre todos, distintas anécdotas y cada tanto una galletita o un mate. Nos cuentan que vamos hacia "el lugar donde nacen las nubes".

El viento se empieza a sentir, llegamos a uno de los puntos más alto del recorrido: la apacheta. Allí le ofrendamos a la Pachamama, para que nos proteja en el camino, vino, alcohol y hojas de coca.

Siguiendo la ruta hay una laguna congelada que nos espera para hacer unas fotos del grupo.

Todo se va grabando en nuestras retinas, vamos sacando las "fotos del alma" para no olvidarnos nada.

Después de 5 horas de viaje llegamos al pueblo de Santa Ana, un lugar único, rodeado de cerros. En el centro se encuentran la iglesia, el cementerio con sus flores de papel que resaltan entre el color de las casas de adobe, y la escuela. Aquí aún se conservan las tradiciones.

Nos bajamos en el centro de salud. Nos espera el agente sanitario para empezar el trabajo. Se acercan las mamás cargando sus bebés en la espalda, con rebozos de colores intensos, sombreros con cintas, polleras largas, paso tranquilo y ambas manos ocupadas con las manos de sus niños pequeños.

---

Residentes cuarto año, Clínica Pediátrica  
Hospital de Pediatría Juan P. Garrahan.  
Rotación Atención Comunitaria,  
Hospital General Belgrano, Humahuaca, Provincia de Jujuy.  
Junio - Julio 2011

Con nuestro primer paciente vamos despojándonos del interrogatorio aprendido, del modo de revisar, del “pedir por pedir”, cambiando palabras y tonos de voz. Debemos adaptarnos a otra cultura y trabajar dentro de ella. Entendemos que cuando las madres nos contestan con un silencio, nos hablan con la mirada.

Nos alegra encontrarnos con muchos “niños sanos”. Se escucha el barullo desde la sala de espera, donde los chicos corren y juegan, mientras sus madres escuchan la charla de planificación familiar.

Ahora es el turno de una abuela. Pasa con el bebé de dos meses en brazos, envuelto en varias mantas. Al descubrirlo notamos que tenía dificultad respiratoria. Nos cuenta que hace varios días está molesto y que ella está a cargo porque la mamá está en el monte cuidando los animales. Atenderlo es difícil, la señora no nos deja revisarlo, quiere alimentarlo y cuestiona la medicación que indicamos. Su relato es claro, ella crió ocho hijos y tiene experiencia, nos dice: “¿qué saben ustedes?”. Aquí está nuestra primera barrera..., debemos acompañar, ayudar, entender sin invadir, ganar su confianza. En este momento es fundamental el papel del agente sanitario, quien vive en el lugar, conoce a su gente y es el nexo imprescindible.

Después de una larga jornada de trabajo, de haber atendido a 60 niños, nos espera la cena, un asado con papas de múltiples colores y un rico arroz con leche de postre. Es el momento de reencontrarnos y compartir las experiencias vividas durante el día. La sobremesa no es tan larga ya que temprano cortan la luz en el pueblo.

Al día siguiente salimos hacia Caspalá, otro pueblo remoto al cual, hasta hace dos años, se accedía únicamente a pie o en mula. Es un lugar

más pequeño que el anterior, igual de pintoresco, surcado por un río caudaloso.

La agente sanitaria nos recibe con su especialidad, guiso de papa verde. Luego comienza la atención. Ninguna consulta es igual, no hay rutina, cada niño y su familia es un aprendizaje nuevo. Nos regalan sonrisas enmarcadas en cachetes colorados por el viento y el sol. La tarde culmina con “la chaya” del puesto de salud. La ceremonia se realiza sahumando el lugar con brazas, yerba y azúcar, así se van perfumando los rincones y se hacen ofrendas a la Pacha. Nos sentimos privilegiadas de formar parte de esta tradición y cada vez nos vinculamos más con el lugar y su gente. Son los últimos días y la nostalgia empieza a aparcer.

Nuevamente la camioneta, el ripio, las curvas y las nubes...El Hornocal iluminado en su mejor hora. Abajo nos espera Humahuaca, como un mar de fueguitos al bajar el sol. Agotadas, revolucionadas, emocionadas, con tantos sentimientos encontrados...Estos fueron nuestros últimos días de trabajo y los primeros como pediatras fuera del hospital Garrahan.

Quizás nunca imaginamos con lo que nos íbamos a encontrar cuando planeamos este viaje. Hace un par de años soñamos con la experiencia de hacer una rotación en el norte de nuestro país. Así fue como luego de varias idas y vueltas, sobre el final de nuestra residencia, nos confirmaron que nos aceptaban para rotar en Humahuaca en los meses de Junio y Julio. Sólo sabíamos que nos irían a buscar al aeropuerto, quizás dormiríamos en el hospital, nos ofrecían comida a diario y debíamos llevar unos cuantos papeles para que nos acepten. Más tarde entendimos que bastaban nuestro trabajo, vocación, voluntad y ganas..., de todo eso teníamos de sobra en nuestras mochilas.